

Mahón 30 Junio 1905

EL PORVENIR DEL OBRERO

Por la Anarquía

El revolucionarismo de los anarquistas no consiste en intentar otra revolución como las realizadas hasta hoy por los políticos.

Al día siguiente de un pronunciamiento de éxito favorable, derribado un gobierno y muertos, presos ó heridos los hombres que lo formaban, se colocan los políticos revolucionarios en el lugar de aquéllos; constituyen otro gobierno, y para ellos la revolución ya ha triunfado y no hay más que hacer.

Pero los anarquistas nos proponemos algo más positivo y fundamental. No nos contentamos con pretender derribar unos gobernantes, ni un gobierno, ni un régimen, sino que intentamos destruir toda la organización autoritaria que informa la sociedad actual y transformar el sistema económico de manera que, dentro de la igualdad de condiciones, consecuencia natural del comunismo, tengan todos los hombres asegurado el derecho á la vida y á la libertad.

Como es fácil comprender, esta radical transformación de la sociedad no quedaría hecha al día siguiente de un motin triunfante, ni podrían realizarla tampoco unos cuantos caudillos populares formando una especie de gobierno, porque ni tales caudillos deben existir entre los anarquistas, ni habríamos de tolerar que se formasen nuevos gobiernos que viniesen á anular, como ha sucedido tantas veces, toda la obra-revolucionaria. El orden dentro de la anarquía—el orden verdadero que sólo en la anarquía puede existir—y la organización de la producción y del consumo tendrá que ser obra del pueblo mismo, del conjunto de los hombres que quieran vivir anárquicamente.

Para ello no será indispensable, seguramente, que todos los hombres posean en alto grado la sabiduría y la fortaleza, porque estas virtudes sólo suelen hallarse en las activas minorías que hasta hoy han realizado la historia humana; pero sí será necesario que un gran número esté convencido de la bondad de lo que se intenta y tenga cierto conocimiento de lo que se vá á hacer.

Llevar á cabo una revolución que derribase lo actual sería relativamente fácil, pero correríamos el grave riesgo de que fuese un trabajo perdido si en la gran masa del pueblo, ó en muchos al menos, no hubiese la convicción y el conocimiento que hemos apuntado como necesarios. Y esto no puede surgir por generación espontánea al día siguiente de un afortunado movimiento revolucionario, sino que ha de ser consecuencia de una continua propaganda que llegue á la inteligencia y al corazón de los trabajadores tanto de las ciudades como de los campos, y que alcance también á los que ocupan posiciones más elevadas, entre los cuales, si bien

hay muchos incurables egoístas, tampoco faltan hombres de buena voluntad que si nos comprendiesen nos ayudarían.

Se está realizando ya esta labor. Arrostrando persecuciones y costando grandes sacrificios, publicanse periódicos y folletos que llevan ideas anarquistas á la muchedumbre, y los libros de nuestros hombres estudiosos son leídos por muchos obreros y por la juventud intelectual de todos los países. La propaganda de ideas tiene todos los vuelos que nuestros escasos medios permiten.

Pero esto es poco. Con esto no llegamos al corazón del pueblo, porque en el pueblo hacen menos efecto las palabras que los hechos.

Hay necesidad de que los anarquistas no nos contentemos con propagar nuestras ideas por medio de la palabra hablada ó escrita. Hay necesidad de que propaguemos también con el ejemplo, obrando como anarquistas en todas las ocasiones que se presenten, así en las luchas entre el capital y el trabajo, como en las cuestiones religiosas, militares y de justicia burguesa, como también en la práctica de la vida y en los asuntos particulares. Un acto de solidaridad y abnegación realizado por un anarquista puede hacer más adeptos que un bello discurso.

Ser anarquista no es sólo haber resuelto en determinado sentido ciertos puntos de discusión, no es tampoco solamente haber comprendido lo que debe ser la sociedad del porvenir. Es algo más. Ser anarquista implica haberse transformado individualmente, haberse despojado de las preocupaciones nocivas de la sociedad actual, haber conocido las causas del malestar del pueblo y estar determinado á combatirlos, pero combatirlos desde luego, en conjunto y en detalle, en teoría y en la práctica y más en la práctica que en teoría.

Hemos oído á anarquistas excusar sus vicios y faltas diciendo que son producto de la sociedad actual. Es cierto: la organización actual de la sociedad es productora de vicios y de crímenes. Pero ¿acaso los anarquistas no somos enemigos de esta sociedad maldita? Pues hemos de demostrarlo combatiendo las causas y resistiendo en lo posible á los efectos. Por algo hemos concebido un ideal de superior organización y de moralidad superior.

Algunos dirán: «no podemos obrar como si ya viviésemos en una sociedad que quizá tardará mucho en establecerse.» Convenido; pero podemos obrar conforme á nuestras convicciones; podemos demostrar con el ejemplo de nuestros actos la superioridad de nuestra moral; podemos realzar con nuestra conducta la belleza del ideal que predicamos.

Es así como apresuraremos el triunfo de la anarquía, instruyendo y educando al

pueblo con nuestros hechos á la vez que con nuestras palabras y nuestros periódicos y nuestros libros.

No tenemos solamente que predicar nuestro ideal; tenemos que realizarlo. Y no se realizará por sí mismo, sino que habremos de realizarlo nosotros y los que vengan con nosotros movidos por nuestras palabras y nuestros ejemplos.

Si se efectuase mañana un movimiento revolucionario y triunfase de momento ¿qué habríamos adelantado si no hubiese hombres capaces de establecer la anarquía, si no lo fuésemos nosotros moralmente, si no tuviese confianza el pueblo en nuestras ideas ni en nuestra conducta?

Oigamos á nuestros adversarios. Cuando se ven obligados á confesar que la anarquía es el más bello ideal que ha concebido la mente humana, creen confundirnos enseñando diciendo: «pero esto no puede realizarse con los hombres actuales».

Demostremosles que se equivocan. Demostremosles que somos capaces de vivir en una sociedad perfeccionada, por completo cuando se establezca y en lo posible desde ahora. Con esto haremos más por nuestro ideal que con muchos discursos y muchos escritos.

Con esto llegaremos á la inteligencia y al corazón del pueblo y aseguraremos el éxito de la revolución que estamos preparando.

JUAN CUALQUIERA

La conquista de los poderes públicos

Lo que choca desde luego en todas las huelgas desarrolladas en estos últimos tiempos, en Limoges como en otras partes, es que muchas de ellas son provocadas por cuestiones de dignidad personal y de solidaridad obrera.

Hago constar con satisfacción esta tendencia, no porque yo piense que la cuestión del salario sea despreciable, sino para notar de paso la tendencia que manifiestan los obreros de hacer entrar en cuenta, al lado de la cuestión material y económica, el sentimiento de su dignidad, comprendiendo que solamente solidarizando los unos con los otros conseguirán resistir á sus amos.

Defender el salario y procurar aumentarlo es la lucha de la hora presente. Si el trabajador no quiere verse reducido á salarios de hambre, le es indispensable luchar en este terreno; pero esta lucha sólo le defiende contra una explotación sin medida, no impide que sea explotado, no ataca el principio del patronato y del capitalismo; puede durar indefinidamente.

Pero cuando los trabajadores hayan comprendido que son iguales á los que les pagan ó les mandan, cuando sepan que la vida debe ser igual para todos, si la cuestión de la defensa del salario continúa siendo para ellos, en el estado actual de la sociedad, una cuestión de vida, sabrán ya que

esto no es la emancipación, que la verdadera lucha debe entablarse para suprimir la explotación y el salariado.

Desarrollándose en ellos los sentimientos de dignidad y solidaridad, irán poco á poco reclamando á sus amos nuevas mejoras y, conscientes de la justicia de sus reclamaciones, estarán en camino de querer imponerlas cuando aquéllos se las rehusen.

Mas, para el que quiere tomarse el trabajo de reflexionar, lo que choca sobre todo en los sucesos de los últimos tiempos es la quiebra del famoso sistema de la conquista de los poderes públicos.

Todos los socialistas que se dicen más ó menos revolucionarios van por todas partes afirmando á sus lectores, oyentes ó electores: «La sociedad está mal organizada. Os véis espoliados, robados, explotados, porque la organización social así lo permite; debéis reclamar su transformación.

«Esta transformación no se realizará sin luchas. Vuestros explotadores no abandonarán de buen grado sus privilegios. Como ellos procedieron en 1789 en frente de la nobleza para desposeerla de sus privilegios, será necesario que os revolucionéis para tomarles lo que os han robado.

«Solamente que, como esta revolución vendrá lentamente, como es preciso prepararla, como son necesarios una disciplina y jefes para dirigir la lucha, usemos para combatirlos las mismas armas de nuestros adversarios.

«Ellos se han apoderado del poder político para asegurar su explotación. Apoderémonos de este mismo poder político para destruir su sistema. Tenemos el sufragio universal que os permite enviar vuestros defensores á la Cámara, á los Concejos municipales, al Senado, donde podrán hacer leyes en vuestro favor, ejercer la autoridad para facilitaros la conquista de nuevos derechos.»

Esta es la teoría! Pero en la práctica es muy de otra manera.

Limoges, por ejemplo, tiene, no sólo un alcalde socialista, sino una municipalidad que lo es también. Pues bien, estos que para ser elegidos afirman á sus electores que la sociedad está mal organizada, que debe desaparecer, que los trabajadores no deben cesar de protestar y de reclamar, lejos de usar el poder legal de que están provistos para apoyar las reclamaciones de sus administrados, no han tenido fuerza y energía sino para ponerse entre el poder central y la población sublevada, para inducir á ésta á la calma, á la moderación, á la inercia.

Hemos visto al alcalde Labussière de rodillas, con lágrimas en los ojos, conjurando á la multitud para que estuviese tranquila, para que esperase beatíficamente que la buena voluntad de sus explotadores se manifestase por el don gracioso de lo que aquélla pedía, cuando la causa del tumulto había sido la negativa clara, terminante, de no conceder nada.

Y todavía, más recientemente, con ocasión de las manifestaciones del 1.º de Mayo, el alcalde y la municipalidad socialistas de Tolon nos ofrecen otro ejemplo. Habiendo los manifestantes maltratado un poco á oficiales que hallaron al paso, el alcalde y la municipalidad socialistas no tuvieron palabras bastante enérgicas para difamar á los autores del desorden, esos estorbadores de la buena administración (1).

Se me objetará que su método no es el nuestro; que están por los medios pacíficos y contra los medios violentos; que, convencidos de la eficacia de la acción legal, han de reprobar todo movimiento contrario al orden.

(1) Otro ejemplo típico han dado los señores Gérald-Richard y Viviani, quienes ahora que han llegado á ser hombres de la mayoría, y hombres de Estado por consiguiente, se creen obligados á hacer declaraciones de un patriotismo tan extremado que es para dar asco á los mismos nacionalistas.

De acuerdo. Pero esa multitud que en Limoges se ha acumulado sobre la prisión para libertar á los suyos que estaban allí encerrados, no era completamente anarquista. Debían encontrarse allí bastantes electores que habían votado por el alcalde y la municipalidad. Solamente que, al continuar siendo multitud, continuaron reclamando y protestando, sin inquietarse por responsabilidades, y se vieron arrastrados á la acción cuando la situación se presentó para ello. Es lo que hubieran hecho el alcalde y los concejales, si son sinceros, si hubiesen permanecido entre la multitud en vez de conquistar el poder.

Por lo demás, conquistar el poder es un eufemismo para un socialista cuyo papel es protestar siempre y apesar de todo. Un socialista no conquista el poder, es el poder que le conquista.

No se vé un alcalde, un diputado, un ministro—por muy socialistas que se digan—mezclándose en los movimientos de la calle y haciendo demostraciones contra los patronos, aun cuando no dejasen de hacerlo cuando tenían que darse á conocer, ó en su periodo de sinceridad. Llegados á detentadores de la autoridad, no pueden servir de ella sino para defender las instituciones existentes. Si no quieren ponerse decididamente contra los rebeldes, se hacen suspender momentáneamente la autoridad por sus superiores gerárgicos—como se ha visto en Limoges—y entonces juran á «sus queridos administrados» para que se mantengan tranquilos y que olviden las palabras de rebeldía que el calor y el impulso de un discurso les han hecho soltar otras veces; pero desde su nueva situación no pueden ya ser adversarios resueltos, intratables, del poder y de los explotadores. Y los burgueses han comprendido tan bien cuan nefasto es á las ideas de alteración social el ejercicio del poder, que no vacilan en ejercerlo de concierto con los socialistas.

No se ha comprendido todavía que en la sociedad actual hay reformas que, de buen ó mal grado, pueden realizarse sin demasiado trastorno, registrándolas el Parlamento cuando han conquistado la masa; pero hay otras que no pueden cumplirse sino derribando por la fuerza lo que las estorba, y que importa que esta fuerza se afirme alguna vez.

«El asalto de la cárcel nada probaba en favor de las reivindicaciones obreras, dirán los legalistas. Era una locura y por humanidad debía procurarse detener un movimiento que sólo podía producir víctimas.»

Cuando comienza un movimiento, nunca se sabe como terminará. Si no se es partidario, no hay más que retirarse; pero querer estorbarlo es hacer obra reaccionaria. Porque nunca se detiene el empuje revolucionario, lo que se hace es debilitarlo llevando la turbación y la indecisión entre los que quieren obrar.

El asalto de la prisión de Limoges nada probaba en favor de las reclamaciones de los obreros contra sus explotadores; pero afirmaba su solidaridad con sus compañeros presos, les habituaba á exigir y no á mendigar. Y si, cada vez que para intimidar un movimiento el gobierno se permite arrestar á diestro y siniestro entre los más resueltos la gente solidarizase con los perseguidos, no tendríamos todavía, sin duda, la desaparición del gobierno, pero sí una notable disminución de su acción. Lo que sería ya algo, mientras se espera lo mejor.

¿Qué saben los que en el instante en que un movimiento se dibuja declaran que á nada conducirá?

Lo que saben es que en caso de derrota habrá responsabilidades á incurrir y que estas responsabilidades caerán sobre los más vistos. Y como ellos son jefes, no quieren incurrir en responsabilidades.

Una vez cogidos en el engranaje gubernamental—alcalde, diputado, ministro—son prisioneros de sus nuevas circunstancias.

Bajo pena de pasar por locos ó de verse expulsados de su nueva situación, pueden permanecer intransigentes en teoría, pero en la práctica les es preciso tomar partido en las cuestiones «oportunas ó inoportunas». Y son inoportunas todas las que ponen al desnudo el antagonismo entre poseedores y no-poseedores, entre gobernantes y gobernados.

Para los que forman parte del poder hay cuestiones de oportunidad, que conducen, por ejemplo, al antiguo anarquista Brousse á declarar que no se avergonzaría de estrechar la mano de un rey cuyos ministros hacen torturar por delito de ideas á los antiguos correligionarios del presidente del Concejo municipal de París; á votar contra la supresión de las leyes *scélérates*, como los diputados socialistas, ó á votar una «orden del día» de confianza en favor del ministro que cubre con su autoridad á los fusiladores de obreros. No hay cuestiones de oportunidad para los que sufren la miseria y la explotación.

Para estos hay reivindicaciones á formular en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasión. Hay que resistir contra la explotación, contra la explotación de todos los momentos, á riesgo de hacerlas pesar más duramente sobre sus espaldas: pasivamente cuando no se puede otra cosa; activamente cuando la ocasión se presenta. Por esto las multitudes tendrán siempre contra ellas á los que pretenden dirigirlas.

J. GRAVE

(De *Les Temps Nouveaux*.)

Cuento

Era una de esas mañanas de Mayo que, llevando sus hermosuras al alma, dan ganas de jugar á quién más bueno.

Los campos estaban á todo reír. Se despertaban de buen humor, pasado el mal rato de las postreras escarchas verdugas. Los esqueletos de las selvas se animaban, y sus hojas nuevas, entrechocándose, aprendían del viento el lenguaje rumoroso de sus mayores, las viejas hojas que aun corrían muertas por el suelo.

Un arroyo bajaba saltando de alegría por la montaña, y ya en el valle se daba majestad de río. Y los lirios y angélicas de junto á la orilla, y los alisos, los álamos y otros grandullones se inclinaban sobre él interrogándole: «¿Qué has visto desde lo alto?» Pero el fachendoso arroyo parábase en los remansos como para responder, describía coquetones remolinos y apretaba luego el paso, respondiendo al brincar por entre rocas, con secas carcajadas.

Pues en aquella misma mañana, y sobre aquellos mismos campos llenos de esperanza, cientos de pajarillos estuvieron canta que te canta, echando muy largos discursos de amor por sus picos.

Pero—¡qué pena!—á la tarde enmudecieron, cuando faltaban pocas horas para que entonasen un solemne adiós al luminar del mundo, el que sobre las crestas ponentiscas suele encender, al marcharse, fogatas colosales. Enmudecieron, y se posaron medrosos en lo más alto de los árboles más altos.

Vieron que venían á miles los hombres, esos seres impertinentes, unos por un lado, otros por el opuesto.

Vieron que dos siniestras banderas, una enfrente de otra, flameaban.

Vieron humo, y el suelo ardiendo; y oyeron espantosos reventones, y una extraña gritería bajo el humo...

Vieron esto y mucho más, pero nada comprendieron. ¡Y cómo habían de comprender que los hombres se destripasen por las banderas!

Allí no se podía estar; ni se abría el pico á gusto, ni se olía á flores como antes; y luego, ¡quién aguantaba aquel ruido y aquel humo!...

Así es que los pajarillos, elevándose por encima de los gritos y ayes de rencor y de agonía que interrumpieron sus cantos de ternura, se fueron murmurando por lo bajo:

«¿Pero qué les pasará hoy á esos animales de hombres?»

TOMÁS MEABE

Nuevos milagros

¡Por fin!... Ya tenemos demostrado con hechos que efectivamente hay santos y que estos se entrometen en las cosas humanas, encienden bujías, tumban candelabros y, lo que es más sorprendente, fabrican dinero, ó lo toman de donde lo haya, para regalarlo á sus devotos predilectos. ¡Es toda una gan-ga tener amigos de la clase de santos milagrosos!

La relación de los hechos la trae el bise-manario católico de esta ciudad, bajo la firma de un señor presbítero, que no ha visto nada, naturalmente, pero que ha recibido una relación escrita por un desconocido.

Y bajo la fé del desconocido nos cuenta el cura que San Antonio hizo todas las cosas que van en los párrafos que copiamos literalmente:

«La protección del Santo no se hizo esperar y en ocasiones muy frecuentes, durante los dos años de 1901 y 1902 que comprende la relación, vieron los esposos aliviadas sus necesidades, encontrando dinero en los lugares más frecuentados de la casa y más á menudo bajo la misma peana del Santo; unas veces eran alguna moneda de plata, otras algún billete del banco dividido siempre en dos trozos, y alguna vez se encontró una verdadera lluvia de monedas de cobre que sumadas componían 75'50 pesetas. Estos hallazgos eran siempre anunciados por alguna sorprendente maravilla consistente en alguna vela que se encendía por sí sola ó por algún candelero que aparecía caído sobre la repisa sin que nadie se hubiese acercado á ella.

Los hallazgos de dinero se sucedieron hasta el final del año 1902 en que el matrimonio mejoró de posición gracias á la protección de S. Antonio, pues paralizado el escalafón de la carrera del marido pidió la esposa por escrito al Santo que les ayudara de nuevo y en el mismo día en que la petición fuera colocada á los pies de la imagen apareció en el periódico oficial la noticia del ascenso que tanto se deseaba.

Sucedió también otra serie de maravillas consistentes en la aparición del Santo de los milagros á la devota, unas veces en sueños, otras en la misma cama aunque completamente despierta, y la última en una iglesia en el lugar que ocupa la imagen de S. Francisco de Padua, pidiéndole siempre le hicieran algunas particulares devociones si querían seguir experimentando su protección.

Al terminar este pobre escrito, considero deber mio hacer notar á los lectores que el glorioso Taumaturgo, en cambio de sus favores pide oraciones y limosnas, no le escatimemos, pues unas ni otras y nos alcanzará de Dios cuantas gracias le pidamos.

JOSÉ JUANEDA, PBRO.

Mahón 10 de Junio de 1905.»

¿No es verdad que todo esto es muy bonito? Mejor aun que lo que nos contó el mismo bisemanario hace algunos meses de

una estampita que huía de la quema y daba saltos como una cabra.

A las apariciones en sueños ó sin dormir nada tenemos que oponer. ¡Se sueña tanto despierto en este mundo!...

Lo de las velas encendidas *por sí solas*, y los candelabros caídos, tampoco nos llama la atención.

Pero lo que nos preocupa es lo del dinero.

¿De dónde sacaría el santo las monedas? ¿Las fabricaría exprofeso? ¿Habrá en el cielo, donde se dice que habitan los santos, alguna fábrica de moneda como las que los jueces suelen perseguir en la tierra? Si la policía sirviese para algo más que para perseguir obreros, estos milagritos pudieran ser una pista.

¿Acaso las tomaría el santo del bolsillo de alguno para llevárselas á su devoto? En este caso el antiguo dueño de las monedas puede estar satisfecho del milagrito... Tantas cosas como se pierden, ahora sabemos quien se las lleva. Es cosa de mirar con un lente á ese santo.

Si el San Antonio hubiese hecho estas cosas mientras vivía, y se hubiese sabido, en vez de hacerle santo le hubieran hecho presidiario.

¡Valiente servicio le ha prestado al santo milagrero el señor Juaneda con la publicación del relato del devoto desconocido!

¿Pero no vé usted, señor presbítero, que ese desconocido debe ser algún masón que ha querido tomarle el pelo al santo, y á usted de paso?

Y lo ha conseguido en toda la línea, gracias á la candidez de usted, que ha publicado la relación para entretenimiento de bromistas y regocijo de impíos volterianos.

¡Escucha obrero!

Nada nuevo voy á decirte, porque lo que yo te voy á indicar lo estás viendo todos los días, y en forma más galana que yo te lo pueda decir ya te lo dijeron otros; pero yo quiero llamarte la atención una vez más sobre la causa de nuestros males á ver si nos disponemos á concluir con ellos.

¿Ves esos edificios modernos en donde el arte ha hecho derroches de grandeza con tantas habitaciones arregladas conforme á la última palabra que ha dicho la ciencia sobre higiene, para que la vida se haga lo más cómoda y asegurada? Esos edificios los has construido tú y no tienes donde albergarte. ¿Te has fijado en la planta baja de casi todas las casas de las calles de las grandes ciudades? Si te has fijado habrás visto los repletos establecimientos de todas clases de productos; pues bien, todo aquello lo has producido tú y de todo careces.

¿Has visto la locomotora con la velocidad que salva las distancias? Pues también es obra tuya y cuando tienes que viajar ¡con que fatigas tienes que hacerlo y siempre llegas tarde!

¿No te alcanzó alguna vez cuando ibas por la carretera el veloz automóvil, cegándote con la polvereda que levantaba, conduciendo á felices viajeros, mejor dicho, paseantes que iban de recreo, mientras tu ibas buscando trabajo para vivir, que no encontrabas? Pues tú también lo hiciste y caminas por el mundo como el hombre de edades primitivas.

¿No te han hablado de los grandes progresos que se han realizado y se vienen realizando en la mecánica? Sí, te han hablado y cuanto te han dicho resulta cierto, porque se vienen inventando máquinas para todo; pero esas máquinas que vienen realmente para que el hombre descanse (y que

bien merecido se lo tiene por su incesante labor desde su aparición en la Tierra), esas máquinas cuyos componentes tú facilitastes bajando á la mina y pereciendo en ella, trabajando como esclavo en todos los sitios, vienen á agravar tu situación hasta el extremo de que ya no te quieren en ninguna parte. Tus fuerzas musculares, las que por todas partes vas ofreciendo, nadie quiere comprarlas, porque las sustituye con mayores ventajas la máquina de hierro, y como no tienes nada más que vender, porque nada más que esas fuerzas despreciadas posees, quedas descartado del concierto social, en donde es preciso tener algo que vender y que comprar para ser comensal en el banquete diario.

En una palabra: tú eres el autor de cuantas riquezas sociales existen, y en pago á tus esfuerzos la sociedad te tiene condenado á miseria perpetua.

Ahora fijate en los méritos que hicieron lo que todo lo poseen.

¿Ves esos hombres vestidos con riqueza y elegancia? Esos son los moradores de los suntuosos edificios, que no trabajaron en su vida; su ocupación ha sido siempre la de aprovecharse de tu obra.

¿Tú sabes quién se llama amo de las tierras que producen los alimentos que en grandes almacenes tienen encerrados? ¡Ya lo creo que lo sabes! es el que no la cultiva, es el que no se encorva hacia ella ni siquiera para arrancar las mieses que tú le sembrastes; el que no hizo nada para merecerlo, pues ya sabes que los propietarios todos no trabajan, como sabes lo mismo del gobernante, del militar, del cura y de cuantos hombres que, como la filoxera á la vid, te chupan el jugo hasta aniquilarte! Sabes todo esto y lo aguantas con la resignación que aguantas el hambre, que contemplas tu desnudez y la de tus hijos, que en el invierno van ateridos de frío y en el verano se les achicharran sus carnes, clavándose espinas y desgarrándose los pies con los guijarros y trozos de cristal, por faltarles la ropa y los zapatos que con tanta profusión hicistes al hijo del señorito!

¡Sacude ya la modorra, obrero, y proclama tu derecho á la vida, el que conseguirás si pones todo tu empeño para que las riquezas sociales que existen sean de la propiedad de todos los hombres!

¡Déjate de leyes que te obligan á vivir como vives! ¡Rompe ya el valladar de preocupaciones que te detiene y conseguirás el pan para todos, los beneficios de las ciencias para todos, la vida para todos y la justicia y la libertad para todos!

JOSÉ SÁNCHEZ ROSA

Aznalcóllar.

Enseñanzas antialcohólicas

El alcohol y los accidentes

El progreso de la ciencia y de la industria exige que la suerte de muchas personas sea con frecuencia confiada á una sola.

Ejemplos: el maquinista de vías férreas, el fogonero, el conductor de tranvías, el ingeniero, etc., etc.

Y pensad que el alcohol hace perder toda sangre fría, paraliza el cerebro y produce otros desórdenes. De ahí que los accidentes graves, las catástrofes, las pérdidas de buques, las explosiones, sean muy á menudo debidas á que los hombres encargados de la seguridad de todos se hallaban bajo la influencia del alcohol. Esto se ha comprobado con harta frecuencia para que insistamos sobre ello.

Los accidentes son más frecuentes en domingo y en lunes que en los demás días de la semana.

Y así el hombre que bebe es muchas veces causa de la muerte de sus semejantes, aunque muchas más de la suya.

¿Habrá aún quien afirme del bebedor que sólo se hace daño á sí mismo, y que está en su perfecto derecho de darse al alcohol como el tabernero en el de suministrar veneno?

Debemos curarnos

La levadura del dogmatismo religioso y de la disciplina de los partidos políticos fermenta todavía en muchos cerebros de titulados anarquistas.

Con extremada ligereza se considera como *hereje* al que no opina en todo como el dogmatizador, ó bien se censura con acritud la conducta del compañero suponiendo que ha incurrido en falta contra lo que debe hacer un anarquista.

No quieren entender muchos que el anarquismo no es un partido ni una religión, ni puede condenarse á ninguno por *heregia* ó por faltar á un código que el anarquismo no tiene escrito en ninguna parte.

¿Hay alguno que sepa bien lo que debe hacer un anarquista en tales ó cuales circunstancias? Muy presuntuoso sería el que pensase saberlo y poderlo imponer á los demás.

No condenamos la severidad. Al contrario: creemos que obra muy bien el que es severo, muy severo, consigo mismo y no se permite falta, ni ligereza, ni contradicción con sus convicciones. Pero, por desgracia, los rigurosos en este sentido sano son pocos. Es más fácil ser tolerante consigo mismo y rigoroso con los demás, aplicándoles un código imaginario de las obligaciones del anarquista.

Esto es, precisamente, lo más anti-anarquista que puede darse. El anarquista verdadero procura obrar con lógica según sus opiniones y deja á los otros la libertad de conducta más amplia y tolerante. Lo contrario no es anarquismo, sino murmuraciones de comadres.

¿Cómo puede uno saber y juzgar los motivos que han impulsado á otro compañero á obrar de una manera ú otra en cualquier circunstancia de la vida? ¿Es propio de anarquistas el constituirse en jueces y coartores?

Esta es una enfermedad, heredada de las religiones y los partidos, de que debemos curarnos prontamente.

Alfredo Picoret

Algún compañero de Barcelona nos escribe que se teme mucho que Picoret tenga trastornadas sus facultades mentales. No sería extraño, y hay que estar alerta, por si se ha cometido alguna infamia con el pobre muchacho.

Otros nos dicen que Picoret ha declarado comprometiendo á algunos compañeros. Esto puede ser mentira: ninguno de los nuestros ha hablado en confianza con Picoret desde que está preso, y la policía puede haber inventado lo que haya querido. También aquí se dijo públicamente en los cafés y casinos que Picoret había confesado ser el autor de la bomba de la calle de Fernando, y en Palma de Mallorca, donde estuvo pocas horas y no habló con nadie se daba por seguro ese absurdo. Sin embargo, luego hemos visto que no se le ha procesado por nada de esto.

Lo que se dice haber declarado Picoret puede muy bien saberlo la policía por las cartas que se han cogido al mismo y al grupo Juventud Libertaria. Tenemos la creencia de que esto debe ser y no otra cosa.

No hay que obrar de ligero cuando se trata de un compañero que sufre persecución, porque sería agravar mucho su situación moral el añadir á las penalidades de la cárcel la sospecha de la desconfianza de los compañeros.

Para nosotros, Picoret es inocente y buen compañero, mientras no se demuestre lo contrario.

ECOS Y COMENTARIOS

El lunes último se celebró en el local que ocupa la Escuela Libre del barrio 15 una reunión á la que concurren varios elementos liberales de esta ciudad, con objeto de estudiar la manera de arbitrar recursos para sostener é impulsar dicho centro.

Entre los reunidos se tomaron varios acuerdos que esperamos han de dar resultados prácticos para el fin propuesto, y es de desear que así suceda, pues la Comisión que administra la Escuela, ha logrado ponerla á una altura que no tiene nada que envidiar á la mayoría de los centros de su clase que existen en la península y sería de lamentar que en vez de seguir progresando en el camino emprendido, se tuvieran que restringir algo los gastos por falta de los suficientes recursos pecuniarios.

A la reunión asistió un representante de un grupo de obreros de Alayor.

Excelencias del servicio militar:

Copiamos de *Las Dominicales*.

Distinguido campeón de las libertades españolas: El día 28 de este mes, al ser llamado para entrar de guardia el marinero del crucero *Lepanto*, surto en este puerto, Manuel Julián Berenguer, hijo de Cataluña, profirió algunas palabras de mal humor (m. c. en deu ó cosa parecida). Oyóle el cura de dicho buque, Juan Pablo Albieza, y se levantó y dió de bastonazos al pobre muchacho, hasta hacerle pedazos el bastón encima, y le rompió un brazo.

Al cura no se le ha procesado, ni siquiera han rebajado de servicio al infeliz.

Le saluda con abrazo fraternal,

MARIANO QUIJADA

Avisamos á los suscritores de nuestro periódico en esta ciudad, por si hay alguno que dejase de recibir el número, que se ha encargado otro compañero de hacer el reparto, por renuncia del que lo ha venido haciendo hasta ahora.

Los que no lo han recibido pueden pasar aviso á nuestra Administración.

El mismo aviso hacemos á los suscritores de *La Revista Blanca*, *Natura*, *Tierra y Libertad* y *El Productor*.

PAPEL IMPRESO

La Escuela Moderna, de Barcelona, ha publicado dos nuevas obras que enriquecerán la hermosa colección que viene publicando, dedicadas á la enseñanza racional.

Son éstas el segundo tomo de *Psicología Etnica y Nociones sobre las primeras edades de la Humanidad*.

La primera, original de Ch. Letourneau y traducida por A. Lorenzo, desarrolla los siguientes puntos:

De la mentalidad en los papus.—De la mentalidad en los polinesios.—La mentalidad de los indios de América.—Los perichinos.

Constará la obra de otros dos tomos más. *Nociones sobre las primeras edades de la Humanidad*, es una obrita original de Georges Enguerrand, profesor del Instituto de Altos Estudios de Bruselas, con un prólogo de Eliseo Reclus.

Su título explica ya claramente la materia que es objeto de estudio en esta obra; estudio hecho con tal claridad y precisión y con tanta fuerza de argumentos, que hace difícil su discusión á los que todavía creen ó afectan creer en un origen sobrenatural de la Tierra y del hombre.

Ambas obras se venden al precio de 2 pesetas ejemplar.

Los pedidos al Administrador de la Escuela Moderna; Bailén, 56.—Barcelona.

Hemos recibido un ejemplar del *Manual del Soldado*, estudio hecho por la Federación de las Bolsas del Trabajo de Francia y de las Colonias, que tan perseguido fué por las autoridades militares españolas.

Lo han editado nuestros compañeros de *El Obrero*, periódico que se publica en Montevideo.

Dirección: Administrador de *El Obrero*, calle Pérez Castellanos, 37.—Montevideo.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 **La Anarquía**—por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.

SUMA ANTERIOR, 140'95.

MAHON

Antonio Mir Pérez, 0'10.—Ballester 0'20.—Julio Cabello, 0'25.—Pedro Febrer, 0'25.—N. N. Libertario, 0'30.—A. M., 0'25.—M. Bernasar, 0'25.—Antonio Vidal, 0,20.—J. M. Zaragoza, 0'15.—Guillermo Triay, 0'25.—Lorenzo Arnau, 0'25.—Juan Fortuny, 0'25.—Antonio Marí, 0'25.—María Aragonés, 0'10.—Luis Vila, 0'25.—J. Mir, 1'00.—Juan Manent, 0'25.—José Ripoll, 0'20.—Cristóbal Pons, 0'15.—José Sintés, 0'25.—Antonio Coll, 0'10.—Pedro Garriga, 0'25.—Miguel Triay, 0'25.—E. P., 0'25.—Manuel Rotger, 0'25.—TOTAL, 6'25.

VILLA-CARLOS

Mariano Marí, 0'25.—María Marí, 0'15.—Polo, 0'25.—Palmira, 0'75.—Antonio Vidal, 0'25.—Bartolomé Pons, 0,25.—TOTAL, 1'90.

SUMA TOTAL, 149'10.

FOLLETOS DE PROPAGANDA

que se hallan en venta en esta Administración.

	Ptas.
¿Por qué somos anarquistas? por S. F. Merlino	0'10
Nuestras ignorancias, por José Prat	0'10
A los trabajadores	0'05
La preparación del Porvenir, por Juan Grave	0'10
Trabajador, no votes. Soldado, no mates, por A. Girault	0,10
Canciones libertarias	0'15
Patriotismo y Cosmopolitismo, por P. H. Jamin	0'10
Víctimas y preocupaciones, por Pascual Peura	0'15
Un día de elecciones, por M. Martínez	0'15
Orígenes de la Religión y de la Moral, por Eliseo Reclus	0'15
Generación Libre, por Leopoldo Bonafulla	0'10

CORRESPONDENCIA

Godolleta.—V. L. Recibidos los sellos. Enviamos los folletos que pides. En las mismas cubiertas está su precio.

Sevilla.—F. R. Escribimos.

Tenerife.—«Luz y Vida». Hacemos nuevo aumento. Enviamos folletos.

Sabadell.—J. M. Recibidas 5 pesetas. Conformes. *La Mujer* está detenido por ahora. Conflamos poderlo servir en breve.